

RELATOS -DE NAVIDAD

FICHA TÉCNICA

Ilustración: Juliana Arango Álvarez
Diagramación: Mery Murillo
Revisión de textos: José Raúl Jaramillo Restrepo
Encuadernación: Carlos Quijano
La impresión fue dirigida por Carlos Villa Ángel
Todográficas Ltda. Tel 413 32 20

En la composición de la obra se utilizó tipo Minion de 10,5 puntos.
Se usó papel Silk de 115 gramos y cartón duplex de 0,40 mm.
Costura por cuadernillo. Hoja de guarda incorporada al cuadernillo.
Edición limitada a 200 ejemplares.
Formato: 13,5 x 19,4 cm.
Número de páginas: 60
Número de ilustraciones: 4

Editor: Álvaro Lobo
Editorial Pi
editorialpi@epm.net.co
Impreso en Medellín, Colombia- Printed in Colombia. 2005
Ninguno de los ejemplares será puesto a la venta.

A Claudia Hernández Monsalve

Índice

- 11 Poema de Navidad
Vinicius de Moraes
- 13 El regalo de Dios
Bertolt Brecht
- 21 Santa Clo va a La Cuchilla
Abelardo Díaz Alfaro
- 29 La nochebuena de Encarnación Mendoza
Juan Bosch
- 45 El cuento de Navidad de Auggie Wren
Paul Auster

POEMA DE NAVIDAD

Vinicius de Moraes

Para eso fuimos hechos:
Para recordar y ser recordados
Para llorar y hacer llorar
Para enterrar a nuestros muertos.
Por eso tenemos brazos largos para los adioses
Manos para recoger lo que nos fue dado
Dedos para cavar la tierra.

Así será nuestra vida:
Una tarde siempre olvidada
Una estrella borrándose en la niebla
Un camino entre dos túmulos.
Por eso debemos velar
Hablar bajo, pisar leve, ver
Cómo duerme en silencio la noche.

No hay mucho que decir:
Una canción sobre una cuna
Un verso, tal vez de amor
Una oración por quien se va.
Pero que esa hora no olvide
y por ella nuestros corazones
Se abandonen, graves y simples.

Para eso fuimos hechos:
Para la esperanza en el milagro
Para la participación de la poesía
Para ver la cara de la muerte.
De repente, nunca más esperaremos...
Hoy la noche es joven; de la muerte, apenas
Nacemos, inmensamente.

Traducción: Elkin Obregón

El regalo de Dios

Bertolt Brecht

E l regalo de Dios

Bertolt Brecht

Traigan sus sillas y sus tazas de té, aquí, al lado del fuego y no olviden el ron, que es bueno sentir abrigo cuando se habla del frío.

Algunos, sobre todo cierta clase que tiene algo contra el sentimentalismo, presenta fuerte aversión contra la navidad. Pero por lo menos, una en mi vida realmente se quedó grabada en mi recuerdo. Fue la noche de Navidad de 1908 en Chicago.

Llegué a principios de noviembre a Chicago y cuando averiguaba por la situación, se me dijo inmediatamente que el de ese año habría de ser del más crudo invierno que asolaría, más todavía, a esa ya de por sí desagradable ciudad. Cuando pregunté cómo estarían las oportunidades para un calderero, se me dijo que no tendrían ninguna posibilidad y cuando busqué una posada pasable, todo era demasiado caro para mí. Muchos en Chicago, de todos los oficios, vivieron lo mismo ese invierno de 1908.

El viento arreciaba inclemente desde el lago Michigan atravesando todo diciembre, y todavía peor, hacia el final del mes cerraron una serie de grandes empacadoras de carnes y arrojaron a las heladas calles una marejada de desempleados.

Nosotros la pasábamos el día recorriendo todos los barrios y buscábamos desesperados algún trabajo y en la noche nos contentábamos con poder encontrar sitio en un minúsculo local repleto de gente agotada, en el sector del matadero. Allí por lo menos nos calentábamos y podíamos sentarnos en paz a descansar. Y allí nos quedábamos, mientras se podía, con un solo vaso de whisky, y ahorrábamos durante todo el día para ese único vaso, que incluía calor, ruido y camaradas, que representaban el resto de esperanza que aún nos quedaba.

Allí estábamos también la noche de navidad de ese año y el local estaba aún más repleto que de costumbre y el whisky todavía más acuoso y el público todavía más desesperado. Es evidente que ni la clientela ni el tabernero pueden entrar en ambiente cuando todo el problema del cliente consiste en pasar la noche con un solo vaso y el del tabernero, el de lograr sacar a todo el que tenga delante un vaso vacío.

Pero hacia las diez de la noche entraron dos o tres muchachos quienes, sabrá el diablo de dónde, tenían un par de dólares en sus bolsillos e invitaron a toda la clientela a vaciar un par de copas extras, porque era Navidad y el ambiente estaba cargado de sentimentalismo. Cinco minutos después, el local ya no se podía reconocer.

Todos recogieron su whisky (y controlaron minuciosamente que se sirvieran los tragos correcta y estrictamente a la medida). Se juntaron las mesas y se le pidió a una muchacha que se veía casi congelada, que bailara un Cake Walk, mientras los demás llevaban el ritmo con las palmas. Pero, qué puedo decir, el diablo tendría sus manos en el asunto, porque el ánimo no era bueno.

Sí, realmente desde el principio el evento tomó un carácter maléfico. Pienso que fue la obligación de tener que dejarse obsequiar un trago lo que enervó a la gente. Los donantes de aquel espíritu navideño no eran observados con ojos amistosos. Poco después de las primeras copas patrocinadas, se tramó una repartición de regalos de Navidad como si fuera una gran ceremonia.



El regalo de Dios

Como no había abundancia de regalos, se tuvo que recurrir no a obsequios directamente valiosos, sino a esos regalos que podrían cuadrar con las personas y que además, tal vez tuvieran en sí un significado más profundo.

De esa forma le regalamos al tabernero una cubeta con aguanieve sucia de la calle, donde había en abundancia, para que él con su viejo whisky, llegaran al año nuevo.

Al mesero le regalamos una vieja y rota lata de conservas, para que por lo menos él tuviera una adecuada pieza de vajilla y a una muchacha, ligada al local, le regalamos un mellado cuchillo de mesa, para que, por lo menos ella, se pudiera raspar de la cara las capas de polvo facial del año pasado.

Todos esos regalos fueron recibidos por los presentes, con excepción de los obsequiados, con sendas tandas de aplausos retadores. Entonces llegó la chanza mayor.

Había uno que debía tener un punto débil. Todas las noches estaba allí y los entendidos creían poder suponer con seguridad, que él, tan indiferente como se esforzaba en parecer, revelaba un invencible temor frente a asuntos que tenían que ver con policía. Cada quien podía percibir que no se hallaba en su cuerpo.

Para él pensamos en algo muy especial. De un viejo libro de direcciones arrancamos, con permiso del tabernero, tres páginas en las que estaban muchas comisarías de policía. Las envolvimos cuidadosamente en un periódico y entregamos el paquete a nuestro hombre.

Se hizo un gran silencio cuando se lo entregamos. Titubeante, tomó el paquete en sus manos y nos miró de abajo hacia arriba con sonrisa forzada. Noté cómo palpaba el paquete con los dedos para darse cuenta de qué tenía antes de abrirlo. Y luego lo abrió de una vez.

Bertolt Brecht

Y entonces ocurrió algo muy extraño. Acababa de tocar la cuerda que amarraba el «regalo», cuando su mirada, engañosamente ausente, se fijó en la página del periódico en que fueron envueltas las hojas del libro de direcciones.

En ese momento su mirada ya estaba ausente. Todo su delgado cuerpo (era muy largo) se encorvó por decir así, en torno a la hoja de periódico. Metió su rostro muy dentro del papel y leyó. Nunca -ni antes ni después- he visto a un hombre leer de esa forma. Sencillamente engullía lo que leía. Entonces levantó el rostro. Y otra vez, no he visto nunca -ni antes ni después- una mirada tan radiante como la de ese hombre.

«Acabo de leer en el periódico», dijo una voz oxidada y esforzadamente tranquila, que contrastaba con su rostro resplandeciente, «que hace mucho tiempo la cosa está aclarada. Todo mundo en Ohio sabe que no tuve en absoluto nada que ver con el asunto» y después rió.

Todos nosotros que estábamos sorprendidos y en realidad esperábamos algo muy diferente, alcanzamos a entender que había sido acusado de algo y entre tanto, como acababa de enterarse por medio de ese periódico, había sido rehabilitado, comenzamos, de repente y casi de corazón, a reír a carcajadas. Eso hizo que el evento tomara un nuevo rumbo, desapareció esa cierta amargura y se convirtió en una excelente Navidad que duró hasta la madrugada y a todos regocijó.

Durante ese contento general, naturalmente no jugó ningún papel que esa hoja de periódico no hubiese sido escogida por nosotros, sino por Dios.